



CAPITULO XV

ITALIA

Revolución napolitana.—Pronunciamiento militar de Nola.—La Constitución española en Nápoles.—Sicilia.—Estado de cosas en Nápoles.—Guillermo Pepe.—Austria contra el reino de Nápoles.—Actitud del gobierno inglés.—El congreso de Troppau.—Impresión producida por la declaración de Troppau.—Nápoles.—Laybach.—Armamentos militares en Nápoles.—Encuentro de Rieti.—Ocupación de Nápoles.—El intermedio en Piamonte.—Sorda agitación en Piamonte.—Carlos Alberto príncipe de Carignan.—Treinta días de revolución en Piamonte.—Actitud del príncipe de Carignan.—Resultado de la revolución.—Resultado del Congreso de Laybach.—Nápoles.—Piamonte.—La Italia austriaca.—Ojeada retrospectiva á las tendencias constitucionales de los italianos y sobre los esfuerzos hechos por ellos, durante esta época, para llegar á la unidad política.



A hemos dicho que el movimiento napolitano había precedido al portugués. Razón de método obligó á dejarlo á Gervinius para después y nosotros hemos unido la relación entera del movimiento revolucionario italiano distribuido por Gervinius en dos capítulos y tomos intercalados con la reseña de la caída del ministerio Richelieu y la historia de la reacción en Inglaterra que precede á este capítulo.

Hemos visto cuán agitado estaba el reino napolitano por las sociedades secretas y cuán inminente se presentaba ahora la sublevación militar por el impremeditado acuerdo de Pepe de meter á sus oficiales en dichas sociedades para acabar con el bandolerismo, si bien ya hemos visto que Pepe no hizo esto sin pensar en la futura revolución política.

Tenía, sin embargo, el general napolitano sobrada experiencia para no temer que la revolución en Nápoles no fuera la señal de la vuelta de los austriacos á la ciudad. Así á cuantas excitaciones se le dirigían contestaba que, en efecto, el momento era

oportuno, que el pueblo excitado por el ejemplo de España secundaria el movimiento militar, pero que era necesario una gran precaución y un gran estudio previo de la manera de llevarla á cabo y de encausarla para no dar lugar á la intervención extranjera. Luégo Guillermo Pepe hubiera querido que el movimiento fuera general en Italia.

Cierto; Pepe tenía razón en lo que quería y temía; pero en épocas de exaltación los consejos de prudencia causan poco ó ningún efecto. Las sociedades secretas ardían, los carbonarios reclamaban la acción inmediata y la de Salerno presidida por Machiaroli era la más exigente y la más dispuesta, tanto que se creyó dispensada de todo concierto previo, sucediendo lo de siempre, que unos cuantos exaltados creen que el ejemplo bastará para disponer á los demás á seguirlo. Salerno estaba indudablemente preparado y hubiera respondido si el gobierno no hubiese hecho abortar el movimiento que le fué revelado, prendiendo y poniendo en fuga á los conjurados. Entre estos se encontraban Gagliardi, el jefe de la conspiración que se refugió en

Nocera, desde donde señaló el 10 de Junio de 1820 para el levantamiento. Pero tampoco tuvo lugar en este día el movimiento porque Machiaroli no pudo avistarse con Pepe en Avellino por estar ausente y si con su jefe de estado mayor Concilij quien, naturalmente, no pudo comprometerse por el general, y y luégo porque en Salerno mismo se pedían ya jefes autorizados.

Enterado Pepe de lo que ocurría, llevado de su propio conocimiento y de los consejos de los coroneles Russo y Concilij, de Carrascosa, el más antiguo teniente general del reino, y de los de su propio hermano Florestan, quienes le aconsejaban que no se hiciera el movimiento porque Italia no estaba preparada, procuró calmar la agitación de Salerno y en esto estaba atareado cuando el movimiento estalló impulsado por el atrevido é impaciente Gagliardi.

Viendo Gagliardi que en Nocera no se podía hacer nada, se marchó á Nola, en donde había elementos ardientes y dispuestos á proclamar la Constitución española, que era la que más asustaba á Pepe dado el carácter democrático y radical de aquel Código, así creía que lo más conveniente sería proclamar la carta de Francia para empezar, á fin de no inspirar recelos á Europa, ó mejor á Austria. Puesto en Nola Gagliardi de acuerdo con el canónigo Menichini, jefe del partido popular y con dos tenientes del regimiento de caballería de Borbón, Morelli y Silvati allí acuartelados, dióse el grito con toda felicidad saliendo el 2 de Julio para Avellino, en donde creían encontrar á Pepe y en donde sólo hallaron á Concilij, pues aquel había salido de la ciudad. Concilij sorprendido estuvo durante todo el día vacilando en el partido que debía tomar, pero pensando que lo hecho no tenía ya remedio, que el regimiento de Borbón iba á quedar comprometido y pública la situación del ejército, se decidió y se puso al frente del movimiento.

Cuando el rey supo lo ocurrido en Nola, llamó al duque de las Calabrias y puestos de acuerdo con el gobierno resolvieron que Pepe saliera á sofocar el movimiento, á lo que estaba dispuesto indudablemente para adquirir la importancia necesaria para imponer luégo al gobierno la Constitución, pero el gobierno cambió de modo de pensar y relevó á poco á Pepe de su misión con lo que sólo se consiguió agriar á éste, quien, sintiéndose ya objeto de las desconfianzas de la Corte, se puso en situación de secundar el movimiento; sin embargo, en vez de marchar á Avellino se puso, como suele decirse, á verlas venir.

Carrascosa marchó por orden del gobierno á Nola

pero sin tropas, de modo que Carrascosa tenía que sofocar el movimiento prometiendo á los jefes dinero y pasaportes cuando no tenía ni una ni otra cosa. Mientras tanto se proclamaba solemnemente en Avellino la Constitución española á la que se apresuró á prestar juramento el obispo al frente de todo su clero.

Público esto, la agitación fué creciendo en Nápoles á compás de la patente debilidad del gobierno hasta el punto de temerse un conflicto. Agitábanse los liberales y las tropas secundaban el movimiento desde los cuarteles. Al fin un general napolitano, jefe de una brigada de caballería, se ofrece á Pepe, éste acepta, se pone á la cabeza y sale con ella para Avellino. Al mismo día 6 de Julio una diputación de los carbonarios se dirige á palacio y pide una Constitución, el rey la promete y ofrece proclamarla á las tres de la madrugada.

Los que de esta manera tan atrevida habían procedido, pertenecían al círculo liberal que se reunía en casa del marqués Berio. El que había llevado la voz en palacio era el duque Piccoletti, yerno del duque de Ascoli, que les había dado la palabra del rey de proclamar la Constitución á la madrugada. Un hermano de Ascoli, el caballero Marulli, era el hombre más resuelto del partido liberal napolitano.

Pasaron las horas de madrugada y no se proclamó la Constitución. El rey pensó dar largas al asunto, renovó el juego de Sicilia. Proclamó de nuevo al duque de Calabrias lugarteniente del reino, lo que nadie le había pedido, y para no faltar á las conveniencias se aplazó para dentro de ocho días la proclamación de una Constitución. Pero Pepe estaba por la de España que se encontraba ya proclamada en Avellino y que nadie conocía y por esto se la aclamaba con delirio, y los napolitanos encontrando el plazo de ocho días demasiado largo, porque creían que estos podían bastarle al rey para organizar la contrarrevolución, decidieron forzarle la mano. En vista de la agitación popular el príncipe gobernador se apresuró á convocar un Consejo de generales y de ministros que declararon unánimes era necesario satisfacer los deseos del pueblo, y el rey consintió. Al otro día,—7 de Julio,—el vicario general del reino proclamó la Constitución de Cádiz, y el rey la confirmó por la tarde con una proclama suya.

Pepe hizo su entrada en la capital el día 9. El día 8 se pasó en decidirle, poniendo por condiciones Pepe que el rey jurase la Constitución y se nombrara una Junta de gobierno, nombrándosele á él además generalísimo del ejército. Todo esto se concertó en secreto con un familiar del príncipe. La popula-

ridad de Pepe aumentó en Nápoles lo mismo que en la Corte al ver que las legiones de carbonarios, gente del campo, armada toda, entraron en la ciudad con el mayor orden, y como el príncipe duque de las Calabrias y sus cortesanos aparecieron en público ostentando las insignias de los carbonarios, todo se pasó en Nápoles en el mayor regocijo que aumentó de punto el día 13 al hacerse público que el rey después de haber jurado la Constitución, añadió que tomaba á Dios por testigo de la sinceridad de su juramento y que le anonadase con los rayos de su venganza si llegase á faltar á él. Como esta declaración nadie se la había exigido, dicho se está que su espontaneidad hubo de llenar de entusiasmo á todos los napolitanos que creían convertido al rey á la causa constitucional.

Constituyóse la junta en medio de este entusiasmo hasta el extremo de revelar en su composición cierto espíritu de concordia que á todos animaba. Zurlo, que había perseguido á los carbonarios, fué nombrado ministro de Gobernación. Carrascosa que se había dispuesto á obrar contra la revolución en el momento mismo en que Pepe se pronunciaba, tomó la cartera de la Guerra. De carbonario sólo entró uno en la Junta, el coronel Russo. Desorden no hubo alguno en Nápoles.

Las cosas pasaron en Sicilia de otro modo, pero de lo que pasó el único responsable es el rey de Nápoles que adivinó la manera de combatir la revolución sin faltar á sus juramentos. Los príncipes de Villafranca y de Cassaro que llegaron á Nápoles en el momento mismo de pronunciarse la ciudad pidieron al príncipe que reuniese el Parlamento siciliano. Púsose esto en conocimiento del rey que no vaciló en concederlo, á la vez que daba orden verbal para que el general Naselli que mandaba en Palermo, proclamase la Constitución de Sicilia de 1812, de modo que fué el rey de Nápoles quien puso en Sicilia frente á frente á los regionalistas y á los nacionalistas que acabaron por venir á las manos derramándose abundante sangre acabando por triunfar los partidarios de la autonomía de Sicilia.

Podía el indigno monarca napolitano estar satisfecho de su obra. La división se había introducido entre los constitucionales que se habían ya empeñado en una lucha fratricida. No pudiendo consentir la Junta de Nápoles en la autonomía de Sicilia bajo un mismo príncipe, porque de consentir hubiera acabado por desmembrar la nación, envió al general Florestan Pepe con amplias instrucciones para llegar á una transacción. Florestan entró en Palermo, el conflicto pareció dominado, pero los traidores

que agitaban la cuestión desde Nápoles, hicieron que se desautorizase á Pepe y se tomara una actitud rigurosa contra los separatistas. Florestan Pepe protestó con dignidad de la conducta que con él se seguía, renunció los honores que se le habían concedido por su feliz expedición y se retiró á su casa imponiendo con su conducta á los adversarios del movimiento liberal.

Mientras esto sucedía en Sicilia, en el continente la agitación y los desórdenes crecían de día en día hasta llegar á su paroxismo á últimos de Julio. Nosotros al apreciar estos sucesos haremos el reparto de las responsabilidades con mayor justicia que Gervinius. Creemos que los carbonarios no pudieron ver de buen grado á Zurlo, su enemigo, en el ministerio del interior, ni menos que continuaran como ministros Médici y Tommasi. La transacción y la concordia debía hacerse bajo la base de hombres nuevos aunque representaran las ideas de la anterior situación, no bajo la base de hombres que tenían disgustada á la opinión y al partido triunfante. De aquí los desórdenes de Nápoles.

Lo que se hizo en Nápoles se hizo en los pueblos y en estos sucedió lo que en la capital en donde hubo sus venganzas, sus ataques personales y á la propiedad, etc., hechos punibles y censurables que se hubieran podido evitar con un cambio de personal. Los carbonarios hasta conseguir esto no podían darse por satisfechos, sus exigencias atentaban á la independencia del gobierno, ¿pero quién había creado esta situación? Hasta aquí los carbonarios. ¿Pero podemos dudar de que los reaccionarios, que tan bien habían sabido maniobrar en Sicilia para destruir el partido liberal, no tuvieron su parte en los disturbios del continente? Nosotros lo creemos y lo justifica lo que sucede en Agosto cuando se calma repentinamente la agitación y el desorden. Se ha hecho saber á los carbonarios que Austria se dispone á intervenir en vista de los desórdenes y ataques á la familia y á la propiedad, y aquéllos, convirtiéndose en centros de enérgica represión, restablecen la tranquilidad en el mismo momento en que aparecen radiantes de alegría por las calles los caldereros y demás sociedades reaccionarias. Estos se creen ya triunfantes, su periodo de lucha ha terminado para ellos. Ya no hay provocaciones, estas vendrán de otro lado, á su tiempo y serán decisivas.

Este restablecimiento del orden puso de manifiesto las dos fuerzas que lo habían turbado. Pepe vióse entonces convertido en solo blanco de la reacción. Anular á Pepe era abrir á ésta el camino. Como el generalísimo era escuchado de los liberales, no tardó

en descubrir quien manejaba la minoría de las sociedades secretas que llegaron á pedir á las Cortes la libertad de los criminales, como lo habían hecho Sparta y Roma en los días de grandes peligros, cuando ninguno inminente amenazaba á Nápoles. Entonces fué cuando Guillermo Pepe descubrió la pérfida hipocresía del príncipe, las traiciones suyas quedaron descubiertas á pesar del cuidado que ponía el duque de las Calabrias en representar su papel de príncipe constitucional: convencido ya de la traición de la Corte, Pepe se preparó para la defensa, quiso pur-



DANIEL O'CONNELL

el Congreso napolitano,—1.º de Octubre,—cuando se esperaba la apertura del Congreso de príncipes de Troppau.

Rusia era la que habría empujado á la revolución, porque Rusia, desde los primeros días de la revolución española, quiso que interviniera la Santa Alianza, pues como en todas partes, conforme hemos visto, el espíritu liberal se había concentrado en el ejército, decía muy bien el emperador de Rusia que el ejemplo de España era peligrosísimo para todas las naciones. En esto estaban conformes Prusia y Austria, y Rusia intentó decidir á Luís XVIII en favor de esta acción, pero el gobierno de Luís XVIII prefirió ganar las simpatías que Rusia perdía y por lo contrario, lo que quería era que se modificase la Constitución demasiado democrática de Cádiz y se tomase por modelo la Carta francesa. Inglaterra lo mismo se opuso á las pretensiones de Rusia que á las de Francia, y excitando en España el fiero sentimiento de indepen-

gar al ejército de los elementos mal sanos, éstos gritaron, la Corte se alborotó, y Pepe, que no tenía necesidad de su puesto de generalísimo, lo dimitió.

¿Triunfaba el gobierno? De ningún modo. Los doscientos mil milicianos nacionales armados estaban en todo tiempo á disposición de Pepe, así necesitando de éste para que estos carbonarios no se arrojasen sobre la Corte, quiso darle una prueba de simpatía y de confianza nombrándole su inspector, atención inútil que no había de desorientar á Pepe.

Era por este tiempo, cuando abría sus sesiones

dencia nacional, logró que la idea del gobierno francés no pasase de proyecto, mientras á Rusia le decía que Inglaterra no había creído nunca que la Santa Alianza estuviera destinada á gobernar á Europa.

Pero llega la revolución á Italia y ya entonces es Austria la que se agita como una desesperada. Rusia renueva inmediatamente su proyecto de una reunión de príncipes y arrastra á Prusia, mientras Inglaterra continúa protestando y Francia retraída.

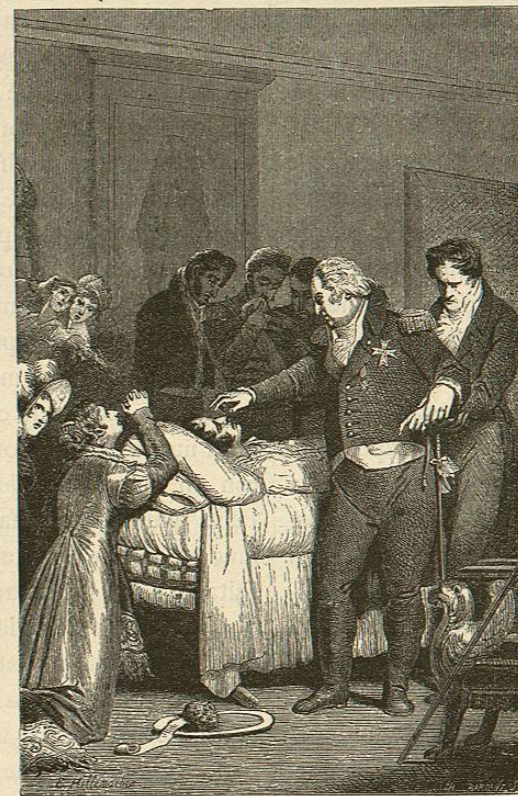
Metternich renueva las antiguas leyes sobre los carbonarios y se aprovecha de ellas para apoderarse en la Italia austriaca de todos aquellos hombres que podían en un momento dado levantar el país, ó mantenerle alerta con sus escritos y su elocuencia; Silvio Pellico, Maroncelli, Munari, etcétera, fueron á parar á las cárceles. Pero Metternich no se atrevió á más. Antes de lanzar sus soldados á Nápoles, quería sentir á sus espaldas á prusianos y rusos, porque Inglaterra se mostraba cada vez

más opuesta á toda intervención efectiva en los países meridionales.

Castlereagh no quería en modo alguno que se hiciera de la cuestión de Nápoles ó de la de España una cuestión europea. «Oponiase constantemente á la política que quería hacer de la intervención,—necesaria algunas veces como un caso excepcional,—una regla, un derecho, ó hasta un deber para los garantes del orden en Europa, que parecía que

querían erigirse imperiosamente en amos de esta parte del mundo para ejercer la policía política.» Sin embargo Castlereagh, que no quería que se hiciera de Nápoles una cuestión europea, consentía y reconocía que podía ser una cuestión austriaca: así le daba carta blanca para que obrara como á sus intereses conviniera.

Inglaterra se declaraba por la política de no intervención y esto era irreprochable, pero al mismo



Luís XVIII ante el cadáver del duque de Berry

tiempo ponía su escuadra en la rada de Nápoles para defender á su rey, y esto como luégo se supo, porque á Inglaterra le convenía continuar en las mejores relaciones con las Dos Sicilias, uno de sus mercados. Para vengarse de España que había escapado á la influencia y amistad inglesa que tan cara le había hecho pagar, dejó más tarde Canning de protegerla encerrándose en huecas declaraciones de respetos fingidos por la independencia de los pueblos.

Reunióse el Congreso de Troppau, teniendo Inglaterra y Francia solo sus embajadores presentes, quienes asistían á las sesiones desde las tribunas del salón. Por un momento pudo creer Kapodistrias que Alejandro se decidiría por una política de concesiones en Italia, pero las reivindicaciones constitucio-

nales de Polonia le pusieron de mal humor, y como ocurriera en San Petersburg un tumulto en el regimiento de Semenov, de lo que tuvo conocimiento por Metternich, Alejandro se decidió y quedó formado el *Centro de la Unión de los Estados europeos*, que este nombre tomó la nueva Santa Alianza, saliendo como acuerdo la prorogación de sus sesiones para Laybach,—19 de Noviembre,—para que se presentase allí el rey de Nápoles, y pudiera bajo su protección resolver libremente sobre lo que convenía á sus Estados. En la circular en que se comunicó este acuerdo á las potencias,—8 de Diciembre,—se decía, que los tres soberanos esperaban que Francia é Inglaterra se adherirían á su resolución.

«La manera como la nueva amficonia de Tro-